DÍA VEINTE Y CINCO

CONSIDERACIONES SOBRE EL SANTO ROSARIO

La devoción al Santo Rosario es de las más populares, de las más agradables á María, y útiles para nosotros. Luego nos convenceremos de ello.

Punto I. — Origen de la devoción al Santo Rosario. A principios del siglo trece, la infame hereiía de los albigenses llevaba la desolación á todos los países de Francia, y cual incendio que se desparrama, amenazaba extender sus estragos en toda la Iglesia. Ya para reprimir el error y atajar sus progresos, los Soberanos Pontífices habían mandado de Roma sus legados, y armado los reyes de la tierra sus más esforzados capitanes, pero todos los esfuerzos resultaron vanos. Dios, que jamás abandona á su Iglesia, le suscitó un libertador, á quien llenó con su espíritu, y abrasó de celo por la salvación de las almas. Domingo de Guzmán era una de esas almas fuertes que el Cielo guarda en reserva para las grandes desventuras, y que vienen á ser para la Iglesia, en los días aciagos,

Mucho antes que lo instituyera Domingo, ya se conocía el rosario en la Iglesia. « Las coronas de granos de coral, con que las vírgenes mártires se adornaban los cabellos al ir á la muerte, sirvieron luego para contar cuántas oraciones dirigían al Señor los corazones sencillos. Adoptó la piedad ese símbolo, é hizo de él la señal de la santa esclavitud por la cual ella se empeñaba en el servicio de María; y aún alguna que otra vez, lo dió como ornamento á las almas generosas que renunciaban á las vanidades del siglo. Se vió en manos del religioso que, atravesando dilatados mares, se iba á anunciar la buena nueva á desconocidas regiones. Se vió y se ve todavía suspendido á la cintura de

recurso igual á sus necesidades. Sostenido por una confianza inmensa en María, se arroja Domingo á combatir el error, sin más armas que el rosario en la mano. Eso bastó, pues con un medio tan vulgar Dios salvó á la Iglesia. « Son de leer las sencillas leyendas de aquellos tiempos para conocer los prodigios y milagros que obró santo Domingo con el nombre de Nª Sª del Santo Rosario. Aquellas almas, endurecidas en el mal, y hasta entonces tan rebeldes, se apresuraban tras él, invocande con él á María del Santo Rosario; y reconciliadas con Dios volvían al gremio de la Iglesia. Cuenta la historia más de cien mil familias así convertidas ¹.

¹ Sacadas del ab. Doucet.

^{1.} P. Souaillard.

la hermana de Caridad; y es el único ornato que le permite su abnegación, el único tesoro que le da la religión en cambio de sus sacrificios. »

Fué santo Domingo quien añadió á las oraciones del rosario, el meditar los misterios que componen la vida del Salvador, y en esa meditación de los misterios, juntamente con el rezo, consiste la devoción del Rosario. Ese es su origen, viene de Dios, el cual quiso por él obrar grandes cosas para gloria suya y salvación de las almas; nos fué trasmitido por un santo, que lo recibió de Dios, y que, el primero, nos encareció su práctica; en fin, lleva en sí el sello venerable de la antigüedad, por todo lo cual es digno de nuestros respetos recomendándolo á nuestra piedad los títulos más gloriosos.

Punto II°. — Objeto de la devoción al Santo Rosario. El objeto principal de la devoción al Santo Rosario es honrar á María de un modo especial. El Rosario es una oración compuesta de la Salutación angélica y de la Oración dominical. Pues bien, tan graciosas palabras como las que el ángel dirigió á María, al anunciarle el gran misterio que en ella iba á obrar el Cielo, ¿ no son el mayor elogio, la alabanza más perfecta que el hombre puede en este mundo conferir á la madre de Dios? Recordar á la humilde Virgen de Nazareth aquel día de inefable memoria, en que el más radioso de los

arcángeles vino á traerle la más admirable noticia; en que atento el Cielo y silencioso estaba esperando su consentimiento para obrar milagros; en que el Verbo eterno tomó cuerpo en sus castas entrañas, y se hizo hijo suvo sin dejar de ser su Dios; proclamar, con toda la corte celestial, que ella es llena de gracia, ella, cuya concepción había sido sin mancha, cuyo nacimiento habían esperado las naciones, cuya cuna mecieron los ángeles, cuya vida exornaron los privilegios más singulares, y santificaron las virtudes más peregrinas; en fin resumir á una sola palabra todos los cánticos de la santa Sión, y todas la alabanzas de la Iglesia militante, todos los elogios de los primeros siglos, y todos los panegíricos de las edades siguientes, preciso es confesarlo, eso es rendir á María un homenaje digno de la reina del cielo, digno de la madre de Dios. Eso es honrarla cual la honró Jesús en su vida mortal. En Egipto y en Nazareth él hizo en acción lo que nosotros decimos de palabra al recitar el santo Rosario: Dios te salve, María. - ; No la saludaba Jesús mañana y tarde? Nosotros la llamamos la Virgen llena de gracia, ¿ cesó Jesucristo de llenarla de gracias? Nosostros le decimos: El Señor es contigo, y Jesús, que es el Señor, estuvo con ella; le decimos; Bendita tú eres entre todos las mujeres, y Jesús la colmó de bendiciones. Luego, al recitar el rosario, decimos todo cuanto hacía Jesucristo; hacemos de

corazón y en unión con él lo que él hacía en realidad por su divina madre; ; qué más glo-

ria para ella!

Honrar á María de un modo particular, tal es el objeto que se propone el cofrade del Santo Rosario; y por eso siempre María atendió complaciente á tan dulce plegaria. Esa es su oración predilecta, y si abrimos los anales de la Iglesia, veremos en cada página nuevos beneficios alcanzados por el Santo Rosario. « Pues bien, deshojemos con frecuencia tan magnífica corona de rosas en honra de María; quienesquiera que seamos no nos cansemos de repetir esta oración que la colma de gozo: Dios te salve, María. Y nuestra Madre contestará siempre risueña á nuestras preces; sus virtudes, cual perfume, descenderán á nuestro corazón para fortalecerlo y embalsamarlo; y como decían candorosamente en la edad media, María cogerá en nuestros labios una rosa fresca y pura, cada vez que se abran para decir : Ave María 1. »

Punto III°. — Efectos de la devoción al Santo Rosario. Santificar su alma: ese es el objeto que todo cristiano debe proponerse en la tierra: eso es lo único necesario, con lo cual todo lo gana, y sin lo cual, todo lo pierde. Pues bien, ¿ cuáles son los ruegos que nos logren mejor las gracias que necesitamos para alcanzar tan deseable objeto, que las oraciones que constituyen el

Santo Rosario? En la meditación de los santos misterios que se celebran en ese rezo, encontramos lecciones para las tres grandes fases de la vida: la alegría, el padecimiento y la gloria. La alegría nos disipa; — en los misteriosos gozosos, María nos enseña á recogernos y unirnos con Dios. Nos abate el padecimiento; — en los misterios dolorosos encontramos ejemplos de paciencia y resignación. La gloria satisface nuestro orgullo; - en los misterios gloriosos, María nos enseña á no perder jamás de vista nuestra nada, y atribuír á Dios toda gloria. El mundo (v quizá también vosotros pensasteis como él) no aprueba en el Santo Rosario ese incesante repetir de la misma oración; pues cabalmente en esa repetición está su virtud. En efecto, ¿qué hay más propio para infundir la humildad que esa salutación dictada por un angel?

En otra oración, puede la variedad de fórmulas dar pábulo al orgullo, y el espíritu lisonjeándose en secreto de las nuevas expresiones que supo encontrar, puede ver cómo se desvanece cual humo la soberbia oración que al cielo dirigió. Pero el que se sujeta á recitar la misma plegaria (sobre todo si es sacada de los demás), reconoce por lo mismo su incapacidad para orar, y variar según sus necesidades la expresión de sus deseos; él se dirige al Señor en el lenguaje de la humildad, que es el lenguaje ano signa de sus deseos; en el lenguaje de la humildad, que es el lenguaje de la seguir ano signa de sus deseos; en el lenguaje de la humildad, que es el lenguaje de la seguir ano signa de seguir en el lenguaje de la humildad, que es el lenguaje de la seguir en el lenguaje de la humildad, que es el lenguaje de la seguir en el lenguaje de la humildad, que es el lenguaje de la humildad.

guaje que siempre escucha el Señor.

2º En esa repetición frecuente de la misma oración se halla el lenguaje del verdadero amor. El corazón no habla como la inteligencia; no necesita ni las artificios del lenguaje, ni las flores de la elocuencia; él se abre, y el sentimiento que exhala es grato por lo mismo que es sencillo. Á los pies de su madre el niño no estudia sus palabras, no tiene dos modos de decirle que le ama, y cada vez que quiera expresárselo, saldrán de sus labios las mismas palabras de un amor que no varía. Así la flor es siempre tan bella, y tan graciosa siempre, aunque siempre ofrece el mismo brillo, aunque exhala siempre el mismo perfume.

3° En fin, en esas repeticiones se encuentra el lenguaje de la confianza. Nuestras necesidades son numerosas, y no obstante, para exponerlas todas, el hijo de María no tiene sino una oración, pero esa oración general, que deja á María el cuidado de adivinar cada una de nuestras miserias en particular, le dice también que sus hijos no temen que su madre se olvide ni aún de una de ellas. Así pues, con el rezo del rosario el cristiano se forma para la práctica de la confianza, del amor y de la humildad.

Virgen santa, hasta ahora no comprendí las ventajas y excelencia de esa oración tan sencilla y fácil, que es tu oración predilecta, y mi oración de cada día. Yo quiero en adelante recitarla con más fidelidad y fervor, por ser la expresión del amor y de la confianza; y quiero

sobre todo porque es de tu gusto, y te honra particularmente. Quiera Dios que yo no olvide nunca la resolución que tomo en este momento; y pues tú, Madre mía, me la inspiraste, lógrame la gracia de serle fiel. Amén.

EJERCICIO

Pedir por la intercesión de María la buena voluntad, principio indispensable de toda conversión, y para alcanzarla, rezar todos los días dos dieces del rosario.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Una conversión por medio de una rosa. — El día de la fiesta del Santo Rosario, la costumbre tradicional, en los conventos de santo Domingo, quiere que el prior de la comunidad distribuya rosas benditas á los religiosos y á los fieles. Hace unos años, tal día como ése, un hombre de mundo, poco acostumbrado á semejantes ceremonias, se encontró por acaso en medio de la gente piadosa que recibía tan graciosa dádiva, y naturalmente tuvo también su parte. Dejémosle que relate él mismo la emoción que sintió.

« El domingo último, á eso de las tres de la tarde, pasando yo por la calle de Vaugirard, estalló un aguacero, inundando las calles y obligando á que los transeuntes buscasen con abrigo en los inmediatos edificios. Miraba yo maquinalmente á derecha é izquierda, y se me ofreció como lugar de refugio la pequeña iglesia de los dominicos, iglesia antiguamente de los carmelitas. Al llegar al

patio, vi que en el interior todo resplandecía de luces y flores, y que llenaba la iglesia tan numeroso gentio, que apenas podía uno colocarse debajo del pórtico.

« ; Oué fiesta se celebra ? pregunté á una mujer que estaba rezando el rosario al lado de mí. Levantó la cabeza con semblante atónito: cómo! caballero, ¿ no sabe usted? es la fiesta del Santo Rosario, y para conservar el recuerdo, los reverendos Padres van á distribuír una rosa bendita á todos cuantos están en la iglesia. » Yo sov muy apasionado por las flores, y por las rosas especialmente; así quise aprovechar las que sembraba la Providencia (acaso con intención) en mi camino: ; son flores tan escasas! Seguí la corriente que un movimiento de sillas produjo, y me hallé trasladado, yo no sé cómo, cerca de la balaustrada del altar. El reverendo padre prior (creo que era él) que acababa de dar la bendición, hizo la señal de que iba á hablar; me sentí entonces atraído hacia él por una sensación que no puedo definir; su pálido y noble rostro infundía respeto; le animaba un gozo celestial, y la inmensa cantidad de velas que ardían al rededor del tabernáculo le hacian como una aureola luminosa; su mirada dulce y penetrante se extendía con satisfacción sobre la mucha gente que le rodeaba y oía. Pronunció una alocución sencilla y conmovedora, sin frases preparadas, y para todos fluía aquella fuente transparente y limpia. « Voy á distribuíros, dijo, unas rositas muy modestas, porque somos pobres, pero os parecerán perfumadas cual María reina del cielo, y ese perfume, al penetraros, hará que deseéis asemejaros á tan buena Madre. Están benditas, para que lleven á vuestras casas la bendición de María. Madres, adornad con ellas la cuna del niño para protegerle. Mujeres, enseñadlas al marido; decidle que esas rosas harán las veces de predicador, y le

servirán de égida el día de la separación. Niñas. suspendedlas à los pies del crucifijo que tenéis à vuestra cabecera, para que vuestra primera mirada. v primera elevación de vuestro corazón sean para Jesús v María, confundidos en el mismo amor. » Larga cosa sería contar todo lo bueno que dijo también el reverendo Padre. - Empezó la distribución, y al aproximarme vo para recibir la rosa, una sonrisa fina y algo intencionada asomó á los labios del prior, cual si levera en lo íntimo de mi pensamiento esta palabra: casualidad, que me había traído allí. Me incliné y salí de la iglesia más grave que cuando entré. Una vez afuera, me vi algo perplejo: estaba convidado á cenar, y había dispuesto de aquella tarde, pero no me atrevía á llevar la rosa bendita á una casa profana. Fuí pues á mi casa, y la colgué del retrato de mi madre. Pobre madre! me pareció que me miraba con más cariño ; quizá desde lo alto del cielo sus ruegos habían guiado mis pasos. Lo cierto es que me quedé en casa, llevado de una fuerza de atracción mucho mayor que mi voluntad. Pasé el tiempo meditando sobre las cosas pequeñas que producen con frecuencia grandes resultados. No puedo decir los muchos y tumultuosos pensamientos que comuniqué á la misteriosa rosa; era casi una confesión, y la bendecida gotita de rocio que posaba en su cáliz era bálsamo consolador que vo aplicaba en las tempestuosas llagas de mi corazón. -; Quién sabe, susurré al dormirme, si no volveré à aquella iglesia, v si no iré con la rosa en la mano á ver al buen prior, y decirle : « Aquí me trae esta flor convertido y penitente! »

El rosario. — Leí en un librito publicado hace unos diez años (Del culto de la Virgen, en sus relaciones con la poética religiosa: Octave Lacroix) una linda anécdota, cuyo objeto es comprobar cuanto interés pone la Reina del cielo en la devoción al rosario, y cuánta gloria resulta de esa devoción para ella. Voy á relatarla; acaso no disgustará á

nuestros lectores. « Pasaba un padre dominico á pie y solo por una selva. Rezaba el rosario en voz baja, como solía hacerlo. El cielo estaba sereno, el viento silencioso, y nada podía estorbar ó distraer tan apacible rezo; fué distraído sin embargo. Se oyeron en el fondo del bosque unos acentos llenos de infinita suavidad, un movimiento de alas palpitantes, una mezcla de voces y cánticos. Admirado, y asustado quizá, el pobre religioso interrumpió la oración v se puso á escuchar. Pero cesaron los cantos, y apenas por intervalos se oía el rumor de alguna que otra hoja en la cumbre de los árboles. — « Es ilusión, pensó el Padre, no es más que mi loca imaginación. ¿ Quién sabe las arterías del demonio para impedir que recemos? » Y volvió otra vez á su Ave Maria. Pero, por segunda vez, los cánticos gozosos y ruido de alas mucho más cercanos repercutieron en mil ecos su letanía. Paróse otra vez, escuchó, y..... nada, ni un pájaro, ni un céfiro. Andando entonces y rezando, las voces del horizonte parecían acompañarle, y andar con él, más cercanas y más suaves. Está visto, van juntas con las cuentas del rosario. Al llegar á la orilla del bosque, y ante el cielo, donde no relucía más que un expirante crepúsculo, vió de repente que se abrieron las nubes y se separaron. Una claridad súbita apareció en el espacio, y la Virgen María sentada en esa ancha aureola, en medio de un concurso de ángeles. A cada Ave María del padre, resonaban los cánticos, y los ángeles derramaban infinidad de lirios y rosas. — Fulcite me floribus, decía la bienaventurada Reina, é inclinándose, recogía hacia sí las embalsamadas guirnaldas. Las

flores se reunían de sí mismas en sus dedos, con exquisita elección de matices y colores: y los hilos vaporosos que se ven en las mañanas de primavera diseminados en el césped, se anudaban de ramillete en ramillete, formaban ligadura. Arrebatado de semejante espectáculo, el buen religioso perdió el habla, y se olvidó de rezar. Pero los cánticos otra vez se desvanecieron, v descendieron entristecidos los brazos que echaban flores, poniéndose también María triste v seria. - «; Oh generosa Madre! exclamó quejándose el religioso, y ¿ por qué ese rostro abatido?; por qué airados esos tus dulces ojos?; Dónde está la armonía de los ángeles? ¿ dónde esos tesoros de flores? » Y contestó la Virgen con acento de tierno y maternal reproche : «; Y por qué concluiste tú de rezar? » No nos quepa duda que entusiasmado de su éxtasis, el Padre dominico lo prolongó, exhalando de su pecho oraciones sencillas y armoniosas que tan derecho van y suben al cielo. »

Así, á ejemplo del buen religioso, regocijen al cielo las almas piadosas, y den á la tierra santas visiones por su celo y devoción al Rosario. ¡ Llena tanto el Avemaría los insomnios de la noche! ¡ abrevia tanto las rémoras del viaje! ¡ calma con tanta eficacia los padecimientos de la enfermedad! ¡ triunfa con tanta seguridad en los peligros de la tentación! suba pues sin cesar, numeroso y confiado hacia la

dulce y poderosa Reina del cielo.

Batalla de Lepanto. — En el año 1370, viendo Selim II á Europa dividida por las guerras de religión, creyó que era el momento favorable para llevar á cabo su intento, y someter todo el occidente á la ley de Mahoma. Pónese pues en marcha al frente de un innumerable ejército, nada resiste á sus esfuerzos, toma y saquea la isla de Chipre,

llega á las puertas de Venecia, esperando de allí lanzarse sobre el occidente. En tal peligro de la cristiandad. Pío V llama á todos los pueblos de Europa, para que se coliguen contra el enemigo común, y sólo Venecia y Felipe II rey de España contestan á la llamada del Soberano Pontifice. No se conmueve Pio V por tan corto número de defensores que se presentan para el combate. Lleno de confianza en Na Sa del Santo Rosario, sigue con su intento, v á pesar de la inferioridad, no quiere aguardar á que venga la armada de Selim, sino que vayan resueltamente á su encuentro. El 5 de mayo de 1571, el santo Pontífice nombra generalisimo del ejército cristiano á D. Juan de Austria, y le remite al mismo tiempo el estandarte bajo el cual había de combatir, y que llevaba la imagen de la Virgen y la Cruz encima. Las naves cristianas se encontraron con la armada turca en el golfo de Lepanto : seguros de la victoria los mahometanos, fórmanse en batalla, dando á su escuadra la forma de media luna. Al darse la señal del movimiento adelante. todos los soldados cristianos se hincaron de rodillas ante el crucifijo, todos se colgaron al cuello el santo Rosario, cual señal de reconocimiento en la pelea, y no se levantaron sino en el momento de aproximarse ambas escuadras.

Despliega D. Juan en el navío almirante la bandera que del Papa había recibido, sale un gran grito de todos los pechos cristianos, saludando al bendito estandarte, al que se dirigió al mismo tiempo la primera descarga de la artillería turca; pero ningún proyectil le hirió ni entonces, ni en todo el día. Sabiendo los musulmanes que la victoria los haría dueños de Europa, cargaron al ejército cristiano con el denuedo y furor con que tanto tiempo se distinguieron. Todo estaba por ellos : la ventaja del número, la confianza que da el buen éxito, hasta el viento les era favorable. Por su

parte, los soldados cristianos, al canto del Exsurgat Deus, salmo de las santas batallas, arrostraban la muerte impávidos, y peleaban cual héroes.

Durante el inmenso estruendo de la gran batalla, ese mismo día 7 de octubre, no podía Pío V pensar que tan pronto se verificara el encuentro. v estaba trabajando con sus cardenales. Se levantó de repente, abre una ventana, mira un momento al cielo, y exclama: « Cesen los negocios, y no pensemos más que en dar gracias á Dios por la victoria que acaba de dar á los cristianos. » Luego se cerciora del portento el pueblo romano, atribuvéndolo á la Virgen santa. Cantan con entusiasmo la letanía que el Papa adornó aquel día con nueva invocación, Auxilium christianorum. En aquel mismo día, dió á la Virgen el título de Nuestra Señora de la Victoria, é instituyó para el 7 de octubre, la solemnidad del Santo Rosario.

Así pues, se celebraba en Roma una batalla que se estaba dando á trescientas leguas; y no era vana tan celestial alegría, pues en efecto eran vencedores los cristianos. Había combiado el viento de repente, Don Juan de Austria mató á Alí, que mandaba la armada turca, y á las seis de la tarde, después de doce horas de lucha, los mahometanos habían perdido treinta mil hombres, y trescientos navíos. Recogieron los cristianos trescientas setenta y dos piezas de artillería, y lo que valía más que todo, veinte y cinco mil esclavos que recobraron la

libertad.